

## MIGRATORIO<sup>1</sup>

Felipe Moncada Mijic / Inubicalistas / 97 páginas

Por Juan Francisco Urzúa

Viajar —acto de trasladarse de un lugar a otro según la RAE— ha sido coaccionado a la idea de tener que ser pomposamente comercial y servil al imaginario del éxito: selfies desde Varadero, haciendo yoga en Indonesia, o al lado del vaquero del Time Square. Ahora, para otros muchos, viajar significa ir a probar una suerte de la que nunca han disfrutado, intentar iniciar la vida lejos del hambre y la miseria, también de sus familias, migrar a lo desconocido a cambio de una mejora económica que los condena a la esclavitud del mal salario.

Este desplazamiento es también parte del tránsito de la ciudad, nutre de nuevas experiencias, mueve incluso a los que juegan de local, entregándolos a deambular sin un destino definido por los fetiches e hitos urbanos que darán las excusas para ir construyendo refugios en la épica diaria, mientras se sigan estelas de otras vidas que orientarán la búsqueda de la propia.

“Migratorio” —octavo poemario del autor— va tomando las hebras que se desprenden de esos viajes, intentando en su consigna no complejizar la realidad que lo rodea, ni exagerarla, sino poner en evidencia que tras los gestos cotidianos se esconde un universo enmarañado, difícil tejido que confía en la dureza de la acción más que en lo sutil. Para esto propone un dispositivo capaz de dar cabida a todas las manifestaciones que cruzan el devenir de la ciudad, imágenes que se superponen desordenadas, intuitivas, entrechocándose. Por pasajes, incluso se podría hablar de impresionismo, pero creo que lo que busca Moncada es rozar el caótico montaje de la vida, evidenciarlo:

*Coincidencias del comercio callejero: / calcetines, cargadores de pilas, golosinas.  
// O bien el niño con su melena de Hiroshima / haciendo sonar su tarrito en el tren. // Una*

---

<sup>1</sup> Publicado en El suplemento Grado Cero, del periódico El Ciudadano, septiembre 2018.

*moneda en romané, en coa, en lunfardo. // Es universal la lengua de las monedas / cuando caen al tarro. (“Mercado internacional”).*

El poemario —compuesto por cuatro capítulos— se inicia con Código de manchas, el que propone imágenes de paso, que sin embargo, capturan la totalidad del cuadro. Todo es una excusa para ir articulando la mirada a manera de un film. Un ambiente que pulula entre chingana, bares y hoteles, que ampara a cesantes (o vagonetas a la chilena), meseras, vendedores de películas porno y profesores frustrados. Este es el registro más urbano del conjunto, paseando por las calles santiaguinas como en un bestiario del fracaso y con la vocación de reconstruir el espacio vital. Collage que se niega a la sincronización o a volver a unirse.

Su segundo capítulo, Mundo de barro, nos presenta un paisaje rural situado en la región del Maule y sus alrededores. Este ambiente, manoseado por el costumbrismo y el larismo, es trabajado con crudeza por el autor, quien mordazmente ocupa la opacidad del adobe como textura que da sombra a tugurios y cantinas, donde solo se ven los brillos de las cañas de tinto. Así mismo está cruzado por la historia de madres que acarrear tetetas al brasero, pelan choclos, mueven rescoldos, aran la huerta, mientras esperan que la tierra las condene a su vaivén en el terremoto y tsunami del 27 F.

*“...Hambre, qué hambre, ha caído el antiguo imperio, los viejos caserones podridos de humedad, con olor a perro mojado y al fin, sobre la ruina, cumplido el sueño de la multitienda, ha vestido impecable un joven. Lástima que ahora todo sea polvo, justo ahora que los militares vuelven a las calles y la pobreza a sus reductos”. (“Hambre”).*

Migratorio —tercer apartado— juega entre los saltos de estaciones y parajes que va referenciando, llevando al hablante entre Santiago, San Felipe, Córdoba, Belgrano y el Maule, compartiendo las migraciones propias del poeta. Este es quizás el capítulo más personal y ecléctico del libro, en el que concentrándose en las imágenes familiares como detonante de las acciones, se articula un ejercicio crítico sobre el paisaje, levantando con agilidad la geopolítica anclada en los lugares, los pueblos planos, las rancheras en medio del Far West.

*Una caja de chocolates / con duendes de pan dulce / y bocaditos neonazis. / Nada que el líder no haya probado / en su jardín de Colonia Dignidad / en su Atlántida de Puer-*

*to Varas / o su bunker de mazapán bajo tierra. / Cosa de ricos o fiesta tradicional / con largas trenzas de cerveza rubia / y la rara perfección con que un bosque / fabrica miniaturas de sus gnomos. (“Villa Führer” General Belgrano, primavera)*

Cerrando el poemario se encuentra Humedad de las bodegas, imágenes dispersas que intentan encontrar en el sueño a su único habitante, y que por pasajes pone en conflicto la cultura canónica v/s la tradición del folclore. El espacio escogido es Valparaíso, donde las imágenes se intercalan entre los fanáticos del Wanderers, la lectura del tarot por ancianos en la plaza Echaurren, las botillerías difusas en la niebla del cerro Cordillera y la basura de los turistas en la playa Las Torpederas. El registro cultural, la poesía reflejando cómo vive la “población encadenada a la miseria” será la pulpa que Moncada estrujará con fiereza, no intentando hacer un panfleto, está lejos de esto, sino mediar un espejo opaco que nos refleja a nosotros mismos.

*A esta playa / donde se bañan los perros vagos y palomas se pelean la basura de turistas / vienen los buses del orfanato, las viejas familias del sector y plásticos que ruedan en la eternidad de la arena. / Como los muchachos de Whitman que se bañan desnudos en el río / pero en versión porteña: / asolean cicatrices, fuman yerba y pierden la vista en los pelícanos, tatuados por quinientos pesos con el escudo del cacique. / Desfilan los cuerpos que no saldrán en las revistas: / la madre de cuatro chicos, con su cicatriz de la cesárea, / el moreno tajeado con el pellejo pegado al espinazo, / la niñita con su polera mojada, / la gorda que grita a su hija: ¡Yamila, ven paracá!, / el tata de gran barriga, un monstruo de peluche con la espalda manchada de lunares. (Fragmento de “Torpederas”)*

“Migratorio” sigue su consigna hasta lograrla: mostrar como el viaje nos transporta por otros universos simbólicos, y va nutriendo a su paso la experiencia del que se aventura a su devenir, ya sean mecheros, campesinos o bárbaros que luchan contra el hambre. Esta condición se vuelve nebulosa cuando es el coro de la ciudad el que lo cruza, rodeando al hablante de amuletos de baja abundancia, donde destaca lo

derruido de los espacios sociales que son puestos en roce, para que sus chispas alumbrén la barricada. Este último punto comprendido como una dimensión política, y sumado a la utilización de jerga y lenguaje de la calle, hace que el texto gane un registro conversacional que lo dinamiza, permitiéndonos conocer cómo dialoga la realidad cercana, invisibilizada por el establishment, y muchas veces borroneada por la velocidad hipermoderna. Creo que “Migratorio” es definitivamente el libro mejor logrado del autor, ya que consigue aunar voces disímiles y difíciles de entronar, pero que con oficio y una muy preocupada idea de obra, logra en su conjunto mostrarnos que el devenir de los que habitamos el mundo es solo pasar, ser eternos extranjeros, migrantes de una geografía que ni siquiera quiere entendernos.